



28 DE NOVIEMBRE DE 2009 - NÚMERO: 926

Los excesos de la Revolución Francesa

Libros Por Helena Béjar.

Aparece en español esta selección de las voluminosas Noches de París de este impresor, escritor de numerosas obras y cuyo estilo precede al del periodismo moderno. Obra muy ilustrativa sobre los excesos de la Revolución francesa, tanto más valiosa cuanto que su autor era simpatizante de la misma. Se echa de menos una introducción más extensa, y llaman la atención algunos ejemplos de mala traducción.

Desmanes. Este volumen selecciona impresiones que van desde julio de 1789 hasta octubre de 1793. Es decir, desde la toma de la Bastilla hasta el Terror. Vienen a la cabeza al menos dos textos. En primer lugar, el brillante y sugerente Imaginarios sociales modernos, de Charles Taylor, que analiza muy críticamente cómo los violentos sucesos de París han quedado impresos en el imaginario de la revolución en Occidente. En segundo lugar, los Recuerdos de la revolución de 1848, de Tocqueville, que fue escrito sin pensar en su posterior publicación. Es un texto vívido y expresión del mejor impresionismo sociohistórico. Rétif y Tocqueville comparten un rasgo: la desazón por la violencia que engendra la revolución y, más concretamente, la repugnancia por los excesos del bajo pueblo.

En Tocqueville ello es consecuencia del temor por la «guerra de clases» que irrumpe en las instituciones legislativas forzando literalmente sus puertas, en Rétif el odio al bajo pueblo es el producto de la observación directa. No hay en esta selección del periodista libertino un análisis de los acontecimientos. Es un testigo directo de los desmanes del mito de la destrucción necesaria que está en el núcleo de las revoluciones. Rétif no habla de sans-culottes ni de las tejedoras que se sentaban a gozar del espectáculo de la guillotina, plasmado por Dickens en Historia de dos ciudades. Pero el protagonista de sus apuntes es el «bajo pueblo», el «populacho», la «canalla», la «morralla», compuesta por hombres y mujeres que destripan a intendentes y pasean sus cabezas en la pica por París. Los «canibales» que abren y extraen el corazón de todos a quienes

consideran un enemigo de clase: aristócratas, clérigos, mujeres anónimas, prisioneros masacrados en las cárceles.

Ambiente de vigilancia. «Siempre he intentado conocer el corazón humano, pero no se puede entrar en su interior; el corazón tan sólo puede conocerse por sus acciones. Eso es lo que me lleva a estudiarlas» (pág. 46). «Planea sobre la ciudad un genio destructor», y un ambiente de vigilancia: «el juicio de un niño o el capricho de un verdulero pueden conducirte a la horca». Reina el crimen, la insolencia y el bandidaje. Rétif celebra que el Antiguo Régimen está acabando, pero los actos de la «turba» le acongojan. Se observa cómo su posición moderada se radicaliza. «Dios ama una sola cosa: el orden, que es su forma de perfección. Y el orden siempre se halla en el acuerdo de la mayoría: la minoría siempre es culpable, lo repito, aunque tenga razón moral» (pág. 137). Pero, junto a esta demofilia, se encuentra la indudable condena de la violencia hija de la falta de ilustración: «¡Ay!, qué malvado puede ser un hombre carente de educación». Y es que el bajo pueblo puede convertirse en el mayor enemigo de todo gobierno, precisamente por su ignorancia y su tendencia a caer bajo las garras de un demagogo atractivo y tiránico.

Utopías destructoras. Confusa es su transición sobre la figura del ciudadano Capeto, que al final condena, como a la Reina: «Por fin, esa arrogante mujer va a sentir en carnes propias ese dicho antiguo (...): nada humano me es ajeno, ni siquiera la desdicha ni la vergüenza... Se lo merece» (pág. 208). Las últimas páginas de este librito abominan del Enemigo: «¡Que mueran todos los tiranos, reyes, reinas, príncipes, landgraves, margraves, zares, sultanes, dairis, lamas, papas, etc. Etc.! Amén, amén!» (pág. 209).

La Revolución ha triunfado y se extenderá por toda Europa, afirma Rétif. Poblará las mentes de los modernos, que durante demasiado tiempo creímos que la violencia era necesaria para el triunfo de un mundo mejor. Las utopías son siempre potencialmente destructivas. Como lo es el inútil sueño del perfeccionismo político.